

construir en el mismo lugar un templo, y la obra se emprendió en efecto, hasta lograr consagrarlo solemnemente en 11 de Abril de 1903 (1).

Lo cierto es que en este santuario ha puesto Dios uno de esos tronos de misericordia para beneficio y amparo de todos los que acudan necesitados de socorro y auxilio, ya para el alma, ya para el cuerpo, y á nadie le ha dejado burlado su confianza en la divina Madre.

De todas partes, desde el Cali hasta Quito, se ven llegar constantemente al santuario innumerables devotos, que vienen de remotísimas provincias para pedir á la Virgen el remedio de sus necesidades, el consuelo en sus aficciones y el alivio de sus pesares.

Principalmente el 10 de Septiembre, en que se celebra la fiesta de Nuestra Señora de las Lajas, es cuando se ve mayor concurrencia de fieles al santuario. Según el explorador francés Mr. Andrés en su libro *Viaje á la América equinoccial*, la capilla está colgada verticalmente á sesenta metros sobre el nivel del río.

(1) Lázaro M. Girón, Papel Periódico ilustrado de Bogotá, n.º 109.

CAPÍTULO IV

Nuestra Señora de la Merced de Quito (Ecuador)

SUMARIO.—I. Quito. II. Origen de la Santa Imagen. III. La Virgen de la Merced y los terremotos. IV. La Virgen de las Mercedes Patrona del Ejército ecuatoriano. V. La santa efigie y su santuario. VI. El venerable Fray Pedro Urraca.

I

QUITO

Hay en la América latina una ciudad célebre, más por la piedad de sus habitantes, que por sus bellezas naturales. Es la hermosa *San Francisco de Quito*, fundada por el mariscal Diego de Almagro en 28 de Agosto de 1534, en el mismo sitio donde tenían su corte los *sciris*, que fueron vencidos por los incas del Perú. Hállase situada al pie del volcán Pichincha, á 2908 metros sobre el nivel del mar, casi en la misma línea equinoccial, á los 0,14 latitud sur. Ciudad de primavera perpetua, con un clima cuya temperatura apenas varía un grado entre el mes más frío y el más caluroso del año, y donde las noches siempre son iguales á los días. Quito es población muy sana. Cuenta con ochenta mil almas. Á pesar del declive é irregularidad del terreno, algunas de sus calles son rectas, y las casas de uno ó dos pisos cómodas y aseadas. Tiene tres plazas, siendo la más notable la Mayor, transformada por el Presidente don Gabriel García Moreno en ameno vergel de plantas y

flores del país. El trazado del jardín es una estrella con ocho avenidas cuyo centro ocupa artística fuente. Entre sus edificios públicos es notable el Palacio del Gobierno con elevado peristilo sostenido por columnas de exquisito gusto. En ese peristilo fué cobardemente asesinado el Presidente mártir García Moreno el 6 de Agosto de 1875 por un colombiano, llamado Rayo, asalariado por las sectas enemigas del Catolicismo. Posee hermosos templos, como la Catedral, la Compañía, Santa Clara, San Francisco, La Merced. Pablo III erigió la diócesis de Quito en 1545, y Pío IX la elevó en 1849 á la categoría de arzobispado (1). Hay en su recinto varias imágenes célebres de la Reina del cielo, siendo la principal la de Nuestra Señora de la Merced que se venera en la iglesia de su mismo nombre y que según el Ilmo. Señor González Suárez, el más erudito de los historiadores del Ecuador, fué la primera de bulto, que de la Virgen hubo en Quito (2).

II

ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

Aunque Diego de Almagro fundó á Quito en 1534, el que conquistó toda esta parte del imperio de Atahualpa fué el valiente capitán don Sebastián de Benalcáraz, á quien acompañaba en calidad de capellán el religioso mercedario Fray Martín de Victoria, que se hizo famoso por su facilidad en aprender las lenguas indígenas. Pacificada la tierra por las armas castellanas, consintieron los conquistadores en que se fundara un convento de dicha orden en la nueva ciudad. En 1537 el Cabil-

(1) J. L. Mera, Geografía de la República del Ecuador.

(2) Historia general de la República del Ecuador, T. III, pág. 94.

do señaló al P. Fray Hernando de Granada solares para que construyese iglesia y convento, y además, dos fanegas de tierra para sembrar. Apenas habían trascurrido cuarenta años de la erección del convento, y ya acudían á él innumerables fieles atraídos por la imagen de Nuestra Señora de la Merced, que proporcionaba oportunos remedios á todas las calamidades públicas. La historia auténtica ha conservado el origen de dicha imagen.

Carlos V reinó en España desde 1519 hasta 1556, en que renunció la corona en favor de su hijo Felipe II y se retiró á acabar sus días en el monasterio de Yuste, donde murió en 1558. Bajo su gobierno se realizó la conquista del Perú. Era muy generoso para favorecer no sólo á las ciudades sino á las iglesias y conventos de las colonias de América. Á este convento regalaba una campana, á aquél un cáliz, al de más allá una casulla y á no pocos rentas y donativos cuantiosos. Á los Padres de la Merced ordenó que se les diese una imagen del mismo título de la Orden para la iglesia y convento de Quito.

Como entre los conquistadores no faltaban hábiles artistas, uno de ellos se ofreció á tallar en piedra la imagen que el Emperador regalaba á los Mercedarios. Al efecto se trasladó á una de las canteras vecinas, y de un solo bloque labró la imagen tan perfecta que semejaba á la Reina de los cielos bajando á consolar á los hombres. Colocada en el Pichincha, todos tenían santa emulación por contemplarla. El día que fué trasladada á su iglesia se organizó una de las procesiones más solemnes que se hubieran realizado en esa región de los Andes. El clero, las autoridades y el pueblo en masa se dieron cita para ensalzar á la Santísima Virgen. La imagen manifestó con algunos portentos cuán agradecida quedaba á estas demostraciones de filial ternura. Un

sacerdote ciego, que quiso salir al encuentro de la procesión, al acercarse á la imagen recobró instantáneamente la vista con verdadero júbilo suyo y de los circunstantes.

Una pobre mujer que había varios años yacía tullida y muda en su lecho de dolor, se deshacía en llanto por verse privada del consuelo de asistir á la función religiosa en honor de la Madre de Dios; mas de repente se encontró sana, y pudo ir personalmente á entonar las alabanzas de su bondadosa bienhechora.

Con estos prodigios es claro que arraigó en las almas la devoción á la Señora, de suerte que en las enfermedades más graves, en las aficciones más hondas, las personas devotas prorrumpían en esta dulce oración: *Madre mía de la Merced, ayudadme*. Se cuenta que, poco después de la procesión, una mujer desvalida, al vadear un río caudaloso, fué arrebatada por la corriente, y en su apuro invocó á la Virgen de la Merced, que se le apareció de modo visible y la libró de la muerte.

Sacáronse varias copias á pincel de la imagen, que se repartieron por todos los ámbitos del país.

III

LA VIRGEN DE LA MERCED Y LOS TERREMOTOS

No hay otra región de la América que haya experimentado cataclismos más horribles que el Ecuador. En diversas épocas le han conmovido terremotos que han reducido á escombros ciudades florecientes. Á mediados del siglo XVIII quedó como un vasto cementerio Riobamba, y en el siglo XIX tocó la misma suerte á Ibarra. El barón de Humboldt se admiraba de que los ecuatorianos pudiesen vivir tranquilos sobre una tierra tan de continuo agitada por convulsiones formidables. Y lo

raro es que Quito, edificado en las laderas de un volcán y que tantas veces ha sido conmovido por tales accidentes geológicos, jamás ha sido arruinado del todo, á pesar de que se han cuarteado iglesias y edificios públicos. No se encuentra causa física que explique este misterio; luego debemos atribuirlo á un motivo sobrenatural, á la protección eficaz de la Santísima Virgen, especialmente venerada bajo el título de la Merced.

Cuarenta años apenas habían trascurrido desde su fundación, cuando Quito estuvo expuesta á perecer por una repentina erupción del Pichincha. Era el 8 de Septiembre de 1575. El día había amanecido claro y sereno; pero en las primeras horas de la mañana se oscureció el horizonte de tal suerte que los habitantes necesitaban luz artificial para transitar por las calles y para discurrir por sus casas. Estas tinieblas eran efecto de una lluvia de ceniza que cayó con tal abundancia, que todos creían iban á quedar sepultados, como en otro tiempo los moradores de Herculano y Pompeya. El horror de esta escena aumentaba con los bramidos del volcán, que remedaban el fragor del trueno y con las siniestras llamaradas de los relámpagos. Entonces hasta los más despreocupados y enemigos de las ideas religiosas invadían los templos á pedir misericordia, siendo el más concurrido el de Nuestra Señora de la Merced. «Eran las once del día, escribe un erudito y castizo escritor, cuando un piadoso y penitente concurso llenaba no solamente este santuario de la Madre de Dios, sino también la placeta contigua y las calles adyacentes, con el propósito de sacar en solemne procesión la efigie veneranda y alcanzar así la cesación del terrible azote. En consecuencia, los Alcaldes y Regidores de la ciudad acercáronse al altar mayor, para sacar del nicho la sagrada imagen y cargarla en hombros; pero no habían calculado que se trataba de una

gran estatua de piedra; así halláronla tan pesada que apenas lograron ni moverla. Clamó entonces el pueblo pidiendo que fuesen sacerdotes los que acometiesen tan piadosa empresa; llegáronse efectivamente varios, pero tampoco salieron bien sus esfuerzos, porque eran menester más brazos. Á este tiempo estaba junto á la puerta de la iglesia un religioso lego, de santa vida, llamado Fray Alonso, elevando al cielo fervientes súplicas. Al verle allí el Comendador del convento, que era otro religioso de ejemplar virtud, el padre Fray Alonso de Ambia, lo llamó, diciéndole en alta voz:—«Venga acá Fray Alonso, que puede ser que para ostentar más su misericordia, reserve la Virgen Santísima esta merced á los mayores pecadores.»—Llegaron los dos y con asombro de todos, siendo la imagen de piedra, pareció de pluma; porque la sacaron con la facilidad que si fuera de cartón, y la llevaron hasta la puerta de la iglesia, donde volvió á repetir su inmovilidad. Con esto no fué ya posible organizar la procesión que se deseaba; por lo cual, dirigiéndose á aquel numeroso y con tristado pueblo, hizo el Padre Comendador una plática, diciendo como la Virgen no quería salir de su casa; que pidiesen allí misericordia con humildad, y que se previniesen á recibir sus favores con actos fervorosos de dolor. Y diciendo entre las lágrimas de todos el de contrición, sucedió de repente ver caer la ceniza mezclada con agua. Creció con tanta fuerza la lluvia que lavó los tejados y limpió las calles, sin que quedase en parte alguna de la ciudad señal de ceniza. Cesó el agua y descubrióse el sol. Habiendo de esta manera cesado la calamidad por una protección manifiesta y visible de Nuestra Señora de la Merced, volvieron la santa imagen á su trono, no desocupándose en toda la noche la iglesia de los muchos que daban á Dios gracias.

Unánimemente confesaban los habitantes de Quito que debían su salvación á la Virgen de la Merced; por eso los cabildos civil y eclesiástico hicieron voto de celebrar todos los años fiesta solemne el 8 de Septiembre, voto que ratificaron de nuevo en 21 de Agosto de 1612.

Un siglo más tarde volvióse á ver Quito amagada por otra erupción del Pichincha. He aquí cómo refiere el suceso el ilustre chileno, Rmo. P. Pedro Armengol Valenzuela, General de la orden Mercedaria: «El 24 de Octubre de 1660 se sintieron roncós estruendos, sordos y misteriosos ruidos que preludiaban la próxima erupción. El 27 por la mañana los ruidos se hicieron más alarmantes, y parecían venir del Pichincha. Muchos salieron de Quito para ver en qué consistía aquello. Observaron en efecto que el cráter del volcán arrojaba densas columnas de humo, llamaradas que se confundían con las nubes y peñascos incandescentes. Á las ocho de la mañana no fué posible permanecer sólo en alarmas, la consternación se hizo extrema. La ceniza impregnó de tal modo el aire que el día se convirtió en noche. Los temblores repetidos á cada instante, el bronco y estrepitoso ruido causado por las avenidas de piedra pómez y escorias que inundaban las faldas del monte, aumentaron el terror de la manera más desesperante. La oscuridad disminuyó el 28 ó el 29 por la tarde, y continuó en ese estado hasta el 1.º de Noviembre; pero los ruidos y temblores [se fueron repitiendo con pequeñas interrupciones hasta el 28 de Noviembre.

El pueblo y las autoridades, así eclesiásticas como civiles, acudieron al único recurso que queda en tales circunstancias: la oración. Multiplicáronse las rogativas, las procesiones de penitencia y cuantas manifestaciones piadosas se pudieron organizar; pero sobre todo se invocó el amparo y patrocinio de Nuestra Señora de

la Merced. El 27 de Octubre, el Sr. Obispo, la Real Audiencia y el Cabildo de la ciudad salieron en procesión de la Catedral con el Santísimo Sacramento en dirección á la Merced. Luego que hubieron llegado á esta iglesia, la Real Audiencia, á nombre del pueblo, juró sobre los evangelios y en manos del Obispo, que serían perpetuos esclavos de María; después acompañaron la procesión del Santísimo Sacramento con la Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Al volver la procesión á la Merced disminuyó la oscuridad. La Santísima Virgen oyó benignamente las súplicas de la ciudad angustiada, y por segunda vez la libró de la ruina al parecer inevitable. Los religiosos mercedarios iban en la procesión descalzos y sin capilla. El pueblo se agolpaba en las iglesias; hasta los enfermos se hacían llevar cargados. Los sacerdotes apenas se bastaban para oír las confesiones; predicaban en las calles y plazas... Esta vez el cabildo ratificó la fiesta que había ofrecido á Nuestra Señora de las Mercedes en 1575 y 1612, y ofreció además dar cada año doce velas de á libra, ó veinticuatro pesos en plata».

Mucho más terrible que las catástrofes anteriores fué la que tuvo lugar en 1755, que hubiera borrado á Quito del mapa de América sino hubiese intervenido en favor suyo Nuestra Señora de la Merced. Fué de esta manera.

El Cotopaxi, cuyo cráter había permanecido apagado más de dos siglos, de repente recobró su actividad perdida, y con la lava, que vomitaba á torrentes, causó la ruina de varias poblaciones. Sólo Quito se conservaba inmune; pero el 26 de Abril se sintió fuerte temblor seguido de varios otros de menor intensidad, hasta que el 28 hubo uno tan recio que las torres y los edificios se mecían como las ramas de los árboles cuando sopla el huracán. Arruináronse las iglesias y las casas, y la gente huía á refugiarse en chozas de paja. Creíase ine-

vitabile la ruina de Quito. Las autoridades y el pueblo recordaron en tal conflicto el voto que la ciudad había hecho á Nuestra Señora de las Mercedes en circunstancias análogas. Acudieron á su templo, sacaron la imagen en procesión, y como los edificios amenazaban derribarse, la colocaron en altar portátil en la plaza. Allí se oraba, se predicaba y confesaba. Los religiosos mercedarios turnaban velando día y noche. El Cabildo renovó el voto del año 1575 y prometió además en nombre del pueblo que se celebraría como fiesta de precepto el 24 de Septiembre y se ayunaría en su vigilia. La fiesta que se acostumbraba celebrar el 8 de Septiembre se trasladó al domingo que sigue al 28 de Abril, con el título de *Fiesta de Nuestra Señora del Terremoto*, práctica que se observa hasta en nuestros días. La Asamblea constituyente en 1851, proclamó el Patrocinio de María de las Mercedes contra los terremotos en el siguiente decreto:

La convención nacional del Ecuador:

Vista la solicitud de los Reverendos Provincial y Comendador de la Religión Mercedaria, y

CONSIDERANDO:

Que es justa dicha solicitud, por cuanto la Santísima Virgen María, en su augusta advocación de Mercedes, ha manifestado su especial protección á esta ciudad (de Quito) en los terremotos de que ha sido frecuentemente amenazada, y en particular en el de 28 de Abril de 1755, en que este vecindario y su Ayuntamiento la proclamaron Patrona y Protectora,

DECRETA:

Artículo único.—Se reconoce á la Santísima Virgen María, en su advocación de Mercedes, como Patrona y

Protectora especial de esta ciudad contra los terremotos. La fiesta de la expresada advocación se declara cívica para esta capital, y se celebrará con asistencia de primera clase.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su publicación y cumplimiento.

Dado en la sala de sesiones, en Quito, capital de la República, á veintitrés de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno, séptimo de la Libertad.—El Presidente de la Convención, Antonio Muñoz.—Los secretarios, Antonio Mata, José Subía.

Palacio de Gobierno en Quito, á veinticuatro de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno, séptimo de la Libertad.—Ejecútese y promúlguese.—Diego Noboa.—El Ministro del Interior y del Culto, José Modesto Larrea».

IV

LA VIRGEN DE LAS MERCEDES PATRONA DEL EJÉRCITO ECUATORIANO

La amable Redentora de los cautivos quiso mostrarse benigna con la República ecuatoriana, librándola del influjo de las sectas enemigas de la Iglesia que la tenían cruelmente oprimida. Regia los destinos de la nación el general Franco, liberal de pura raza, y por carencia de aptitudes llevaba las instituciones á su completa ruina. Se encendió guerra fratricida y todo auguraba negro porvenir para la joven República. Felizmente el insigne caudillo que ha merecido el glorioso título de *Vengador y Mártir del Derecho cristiano* y que estaba predestinado para volver la paz y cimentar el progreso verdadero de su país, obtuvo espléndida victoria en el mismo día de Nuestra Señora de las Mercedes.

«El 24 de Septiembre (de 1860), en efecto, obtuvieron

las armas nacionales en Guayaquil completo triunfo sobre las fuerzas del Gobierno de Franco, siendo ésta una de las campañas más brillantes y notables de la historia ecuatoriana. Era menester atravesar el Salado, llevar provisiones de boca y canoas arrastradas á cola de caballo, y trasportar los obuses (que se fabricaron en Chillo) sobre las raíces flexibles y quebradizas de los mangles; burlar las embarcaciones del enemigo; combatir las guerrillas colocadas cerca del río; vencer la artillería compuesta de un batallón numeroso y sostener un fuego nutrido en la ciudad; todo lo cual se efectuó con serenidad, valor y audacia. Franco y sus generales huyeron á guarecerse á bordo de los vapores peruanos, después de haber abandonado á sus soldados (1).

La Asamblea legislativa, considerando que este triunfo era obra de la Virgen de las Mercedes, promulgó el siguiente decreto:

CONSIDERANDO:

Que el triunfo de la causa nacional y tranquilidad en la República han sido efectos visibles de la protección y amparo de la Divina Providencia, mediante la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María en su advocación de Mercedes, cuyo día será memorable entre nosotros por el completo triunfo que alcanzaron en él las armas de la Nación,

DECRETA:

Art. 1. Se reconoce á la Santísima Virgen María en su portentosa advocación de Mercedes como Patrona y Protectora especial de la República.

(1) Apuntes biográficos del gran Magistrado ecuatoriano Doctor D. Gabriel García Moreno, por el Dr. D. Pablo Herrera.—Página 21.

Art. 2. Se declara cívica la fiesta de la enunciada advocación, y se mandará celebrar el 24 de Septiembre con asistencia de primera clase en la iglesia en que aquella se venera.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento. Dado en la sala de sesiones de Quito, á 22 de Abril de 1861.—El Presidente de la Convención, Juan José Flores.—El Secretario, Pablo Herrera.—El Secretario, Julio Castro.—Quito, Mayo 1, de 1861.—Ejécútese: Gabriel García Moreno.—Por S. E. El Secretario General, Manuel López y Escobar.»

Esta disposición legislativa no surtió efectos canónicos por no haberse obtenido aprobación de la Santa Sede. Después, la República se consagró solemnemente al Deífico Corazón de Jesús; pero la Sagrada Congregación de Ritos por decreto de Marzo de 1895 nombró al Inmaculado Corazón de María Patrona especial de la República del Ecuador.

De todos modos la Virgen de las Mercedes es venerada en el Ecuador como Patrona del Ejército y fidelísima Protectora de la ciudad de Quito. Su fiesta se celebra con gran solemnidad con asistencia oficial y procesión solemne. Tres Magistrados Honorables, Vicente Rocafuerte, García Moreno y José María Plácido Caamaño, han dejado recuerdo imperecedero de su devoción á la santa imagen, regalándole el bastón presidencial de carey con puño de oro que sucesivamente manejaron.

Como los liberales volvieron al poder, dictaron la siguiente ley impía, que levantó oleadas de indignación en los pechos de los fervientes católicos.

El Congreso de la República del Ecuador

DECRETA:

Artículo único.—Deróguense los decretos legislativos

de 22 de Abril de 1861, 18 Octubre de 1873 y 4 de Agosto de 1892: el primero que declara Patrona de la República á la Virgen María, en su advocación de las Mercedes; el segundo que consagra la misma al Sacratísimo Corazón de Jesús; y el tercero que acuerda la erección de una estatua de bronce de la Santísima Virgen en el Puncillo de Quito.

Dado en Quito, capital de la República del Ecuador, á 23 de Octubre de 1900.»

V

LA SANTA EFIGIE Y SU SANTUARIO

Hemos dicho que la portentosa imagen, incluso el divino Niño que sostiene en el brazo izquierdo y el pedestal, es de un solo bloque de piedra, extraído del Pichincha. La Virgen tiene el rostro inclinado hacia su dulcísimo Hijo. En la mano derecha sostiene el cetro de soberana y la blanca librea de su escapulario. El divino Infante tiene los ojuelos clavados en el rostro de su Madre y está como colgado de su cuello. Ambas figuras visten túnica talar, y la Virgen lleva además manto, que le circunda el rostro á manera de toca y descende en anchos pliegues por la espalda. En el pedestal está esculpido un serafín con alas extendidas. Por desgracia se ha seguido con ella la costumbre de vestirla con telas de seda y brocado, y para lograrlo, hubieron de quitar el pie izquierdo al Niño y mutilar las manos de la Virgen, sustituyéndolas por otras de madera.

El templo había de corresponder á la fama de una imagen tan singular. Los religiosos mercedarios han desplegado celo digno de los hijos de María Redentora de cautivos para levantarle bello y artístico. He aquí la descripción que hace de esta obra el opúsculo titula-